

# CHARRO CANTOR

por ARTURO RAMÍREZ / octubre de 1942

Una juvenil voz por los barrios de Guanajuato. "Yo nací cantando", pero le llovían jarrones. De la academia a la fascinación operística. 6 mil muertos después de la batalla. De la XETR a la XEW. Adiós al *bel canto*. El traje de charro fue ¡a fuerzas!, porque la cinematografía necesitaba de un jinete barítono, brusco y romántico a la vez. ¡Ay Jalisco, no te rajes!, y de ahí, pa'l real



—¿Y cantaba lo que ahora le conocemos?  
 —Bueno, muy pronto ya estaba ensayando los papeles masculinos de Rigoletto, Carmen, así como La Traviata y el Barbero de Sevilla.  
 —Decía usted que su vida ha sido una lucha constante, porque hemos oído que parte de esa lucha ha sido con las armas en la mano...  
 —A los 17 años me gradué de oficial en el ejército mexicano y comencé a servir en un regimiento de caballería. Lo que son las cosas, muy pronto fui actor en una tragedia real: la Batalla de Jiménez, en 1929, donde hubo 6 mil bajas, entre muertos y heridos... Hoy en día ostento aún el grado de capitán segundo. Después de la paz, fui comisionado para servir durante algún tiempo en el Estado Mayor. Así tuve tiempo para estudiar el bachillerato y la carrera de Medicina, pero el destino me llamaba hacia otros senderos, y no concluí los estudios.  
 —¿Ahora puede sentirse satisfecho?  
 —Lo estoy intensa —y otra vez la sonrisa bajó sus bigotillos—, plenamente.  
 —Cuéntenos de sus inicios.  
 —La verdad es que yo quería triunfar en los escenarios de la ópera. Sin embargo, después de un viaje a Nueva York para seguir mi preparación en el *bel canto*, y por supuesto para triunfar, cambió radicalmente mi vida. La verdad, la música popular no me atraía y hasta la consideraba mediocre, pues mis

**Q**uitado el sombrero (que no usa más que en las películas), disfrutando de un raro momento de solaz, encontramos al hombre que ha emprendido la conquista del país con su sola voz. Los bigotes en punta, como dos largos machetes sobre sus labios, se extienden con la sonrisa que nos ofrece al invitar:

—Tomen asiento, por favor, que hoy en vez de cantar tengo ganas de platicar.

—Comenzando por el principio —le preguntamos—. Usted, ¿dónde nació?

—En la ciudad de la plata, Guanajuato, hace ya 31 años; esto es, en 1911.

—¿Y cómo fue que se le ocurrió dedicarse al canto?

—Pues... ¡si yo nací cantando! Era ya chamaco y le cantaba a todas las muchachas del barrio.

—¿Y qué ganaba con ello? ¿Las convencía su voz?

—A veces sacaba una flor lanzada a través de un balcón, pero casi siempre un jarrón de agua arrojado por celosísimos papás. Pero yo seguía cantando y cantando... Así llegué a la edad de 20 años con unos deseos enormes de ser alguien en la vida, tener mi propia personalidad como artista. No se crean, he luchado mucho y mi buen trabajo me ha costado.

—Pero su voz tuvo que ser educada, ¿o me equivoco?

—Le voy a contar algo que responde a su pregunta. Un buen día iba yo siguiendo a una chiquilla que deambulaba como extraviada por el barrio, y entonces, sin querer, entré en una academia de canto. Espié los saloncitos y aquello me maravilló. Al día siguiente estaba yo matriculado como estudiante... Y de la muchachilla no supe ya nada. ¿Sería un ángel?, sólo Dios sabe.





IMAGEN DE LA virilidad mexicana, el cantante que desertó de la ópera, ganó amplísimos públicos en las pantallas de cine. Aquí, con Domingo Soler en la película *Historia de un gran amor*. No cabe duda, el histrión era una figura de armas tomar, como lo demuestra en su casa en 1949

El barítono y actor cinematográfico Jorge Alberto Negrete Moreno nació el 30 de noviembre de 1911, en Guanajuato. Falleció 42 años más tarde, en Los Angeles, California, el 5 de diciembre de 1953. Negrete Moreno fue cadete del Colegio Militar, institución que abandonó en 1927 para dedicarse al canto bajo la dirección del maestro José Pierson. Tres años después debutó en la radio y en 1933 inició una brillante y ascendente carrera de veinte años como intérprete de música vernácula, cuyos horizontes se ensancharon enormemente a partir de 1937, al ingresar con pie firme en el cine con su actuación en *La madrina del diablo*. Cuarenta suman las cintas en que tomó parte. El charro cantor —nombre con el que también se le conoce— fue miembro fundador de la Asociación Nacional de Actores (ANDA) de la que fue secretario general entre 1949 y 1951. Célebre por su bien timbrada voz y por su apostura, Negrete casó sucesivamente con Elisa Christy, Gloria Marín y María Félix. Muerto en el apogeo de su fama, Negrete congregó y congrega, año tras año, a miles de compatriotas que cada 5 de diciembre se dan cita en el Panteón Jardín para rendir culto a su memoria.

pretensiones eran la música y el canto fino, lírico. En 1937 me mandó llamar el señor Amado Guzmán, director artístico de la estación XEW, radiodifusora para la que yo había trabajado cantando algunas arias y fragmentos de óperas. Entonces me propuso que cantara algo distinto, muy popular, con mariachi. Desde 1931 yo había decidido dedicarme por completo al canto, y fue en una pequeña radiodifusora (la XETR) que por aquel entonces estaba en la avenida Juárez, donde canté por primera vez frente al público invisible de la radio. Lo primero que interpreté fueron romanzas, canciones napolitanas y arias con arreglos a mi voz hechas por el maestro López Ocampo.

—Y después de eso, ¿qué pasó?

—El señor Emilio Azcárraga me escuchó y me mandó llamar en 1932 para ofrecerme un programa semanal en el que interpretaría canciones populares de compositores como Ricardo Palmerín, María Grever y algunos otros, intercalando este repertorio con canciones napolitanas. Así me inicié en la XEW. Cuando en 1937 Amado Guzmán me propuso cantar canciones vernáculas, yo rechacé amablemente argumentando que lo pensaría. Entre otros, quien me convenció de que debía ampliar mi repertorio

fue el compositor y amigo mío Ramón Armegol. Quiero hacer notar que mis primeras presentaciones en la "W" las hice con el nombre de Alberto Moreno, mi segundo nombre y mi segundo apellido. —¿Y en el cine, cómo le hizo?

—Dos años después, mientras yo me encontraba en Nueva York, mi hermano David se entrevistó con Ramón Peón y Gonzalo Elvira, prósperos productores del cine en México. Ellos necesitaban un actor capaz de montar a caballo y que fuera buen cantante a la vez, alguien brusco y romántico a un mismo tiempo. Ellos habían pensado en mí para interpretar ese papel. Mi hermano, ágil para mi promoción artística, les contestó que me lo propondría. Me envió una carta y yo les contesté que sí. Mi debut en el cine mexicano sería con la película *La madrina del diablo*, pero lo que pocos saben es que antes de partir hacia México yo había aceptado trabajar en un corto musical producido por la Warner Brothers y que se llamó *Noches de Cuba*. En realidad esta fue mi primera cinta, la cual fue distribuida en toda Latinoamérica... A propósito de Cuba, en 1940 estando en La Habana sentí el gusto de ese país y lo reflejé en el argumento de una película que no sé si algún día se filmará. Y lo escribí porque ya tenía

alguna experiencia con la pluma: años atrás escribí y publiqué varios testimonios sobre los más sonados episodios militares de nuestras campañas.

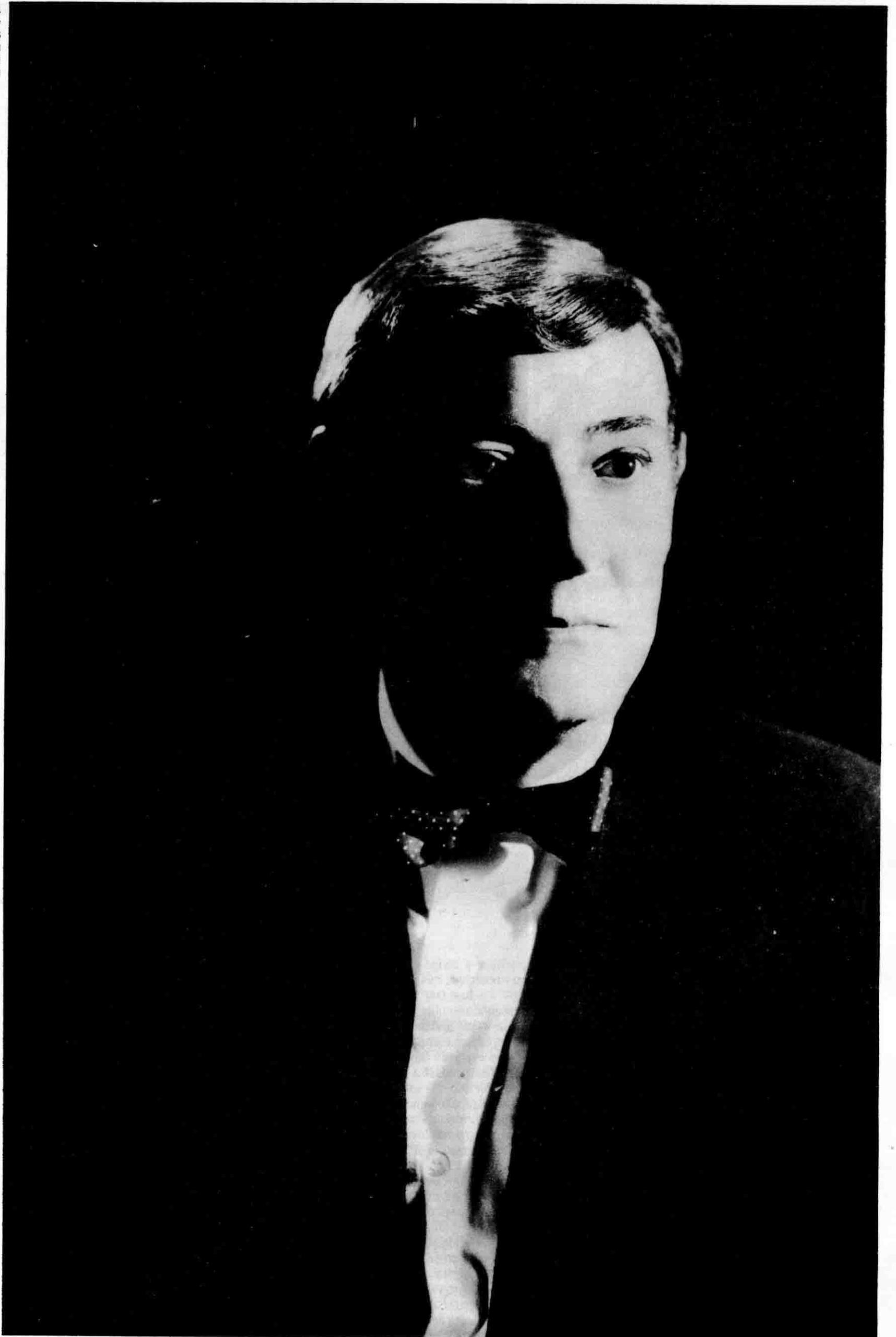
—¿Se siente satisfecho por la película ¡Ay Jalisco!, no te rajes?

—Por supuesto, es mi primer película de éxito en todos los aspectos, aunque desde el principio hubo problemas. Cuando me presentaron el guión y la canción de la película, los rechacé de plano.

—¿Los rechazó?

—Yo, indignado, me negué a vestirme de charro y a cantar esa música. Sin embargo había ya firmado el contrato y, como me lo recordó mi hermano David, había un compromiso de por medio. La filmación fue atropellada pues nunca estuve de acuerdo en interpretar al personaje de "El ametrallador", pero creo que finalmente todo salió como lo había pensado el director Joselito Rodríguez. Con esta película creo que el público, por fin, acabó aceptándome... (y los lectores aceptando esta entrevista a distancia y a destiempo, pues se ha tratado, fundamentalmente, de arreglar algunos fragmentos del libro biográfico de Diana, la hija del "Charro cantor", titulado, precisamente: *Jorge Negrete/biografía autorizada*).

ARROBADA  
imagen, la de  
1951, bajo los  
efectos de la  
siempre mágica  
fotogenia



# LA DESNUDEZ DEL LENGUAJE

por BEATRIZ REYES NEVARES / septiembre de 1964

Véngase el domingo a casa —me dice Novo desde el otro lado de la línea telefónica—. Así me verá dentro de mi cascarón. Y efectivamente, el domingo marché a ver a Novo, allá por Coyoacán, por una de las calles más hermosas de México. Fachadas del XVI, altas bardas de piedra gris casi negra, muros encalados.

Tras de una de aquellas bardas está la casa —el cascarón— de Novo.

—Aquí en estos 3 mil 200 metros cuadrados vivimos mi madre y yo.

La vista recorre, desde el ventanal de esta pequeña biblioteca, el amplísimo jardín. Jardín muy bien cuidado y sobre todo bien concebido. El amplio espacio cubierto de grama se equilibra con los macizos de verdura y con los altos árboles. Y la verdura no estorba el tránsito, ni el pasto está desguarnecido de sombra. Grupos de bancas de hierro, como de parque provinciano, sugieren largas, amenísimas horas de conversación o de lectura al aire libre en tardes soleadas como ésta.

Paso la vista por los volúmenes de la biblioteca. Novo se dirige a un rincón.

—Aquí —indica señalando todo un entrepaño— está toda mi obra.

Veo. Desde los *Ensayos y poemas* del año 1925 hasta sus últimos volúmenes. Falta la *Antología de la fiebre amarilla*. Debe estar con el encuadernador, porque todos estos libros llevan hermosas pastas.

Antes de los *Ensayos y poemas* hay otro libro. Piel azul marino. El primero del estante.

—El primero de mi historia. Mire usted —Novo lo saca—. Contiene mis poesías de niñez —lo hojea—. Está fechado en 1916. Yo tenía doce años.

Es un volumen manuscrito. Se aprecia la caligrafía deliberadamente cuidadosa del niño que se cuida de estos detalles. Novo usaba tinta café. Ese tono causa, en el papel amarillento, cierto efecto de cosa mucho más antigua.

—¿Me deja ver alguno de estos versos?

—Véalos. Anticipan ese género de poesía satírica bastante agresiva y grosera que he cultivado a veces más tarde. Véalos.

Un título: "Don Daniel y doña Nico".

—Eran criados de mi casa —me explica el maestro—. Me eran antipáticos. Me desquitaba de sus pequeñas jugarretas...

"La historia voy a contar de un par de viejos chiricos pasando vidas de ricos con boca de muladar".

—¿Qué buenos versos! —digo.

—Impecables. Muy bien medidos. En casa, en Torreón, había una biblioteca en que pasaba largas horas. La leí toda. Creo que ahí me adiestré el oído. Siempre supe medir los versos y encontrarles la música.

—¿Nunca los ha publicado?

—Jamás. Han salido algunos pero no de niñez, sino de adolescencia. Estos están inéditos.

En el tomo hay poesías amorosas en forma de redondilla, poesías descriptivas; y muchas otras que tratan de la desventurada pareja de don Daniel y doña Nico. Digo desventurada porque ya se ve que el niño Salvador los tomó por su cuenta.

—*Así que de veras lleva usted cincuenta años de escritor.*

—Es rigurosamente cierto. A los diez años ya escribía. Pero venga. Demos un paseo por el jardín.

Una gran paz en este jardín. Veo que la casa está sentada sobre un alto rocoso, cubierto de vegetación. Lava del Pedregal. Allá en lo alto se distingue una ventana corrida como de diez metros. "Mi recámara", explica el maestro.

—¿Y no iba a la escuela de chico?

—No. Imagínese usted. Eran los tiempos de la Revolución. Entraban los villistas y luego salían y más tarde volvían a entrar. No era posible. Se vivía en perpetua zozobra. Mis familiares decidieron librarme de las imprevisibles escaramuzas callejeras. Tuve una educación doméstica, cuyo centro fue aquella biblioteca de que le hablaba.

—¿No tuvo hermanos?

—No. Fui hijo único.

—Entonces, se explica que se le haya desarrollado tan pronto la afición a las letras.

—Sí. Acaso sin Villa hubiera asistido a una escuela de Torreón, hubiese tenido muchos amigos y no me hubiera aflorado el gusto de leer y de escribir.

—Es decir que usted es algo así como un don Pancho Villa.

Vuelve a sonreír. Hemos llegado a un ángulo del jardín, donde hay una cabaña de techos inclinados.

—La he dejado arruinarse —me explica Novo—. Antes aquí jugábamos al bridge los domingos... Mire, este es el comedor donde cenábamos.

—En aquella esquina hay una construcción más.

Vamos hacia otro ángulo del parque. Este pequeño edificio es, me dice Novo, donde escribió *La culta dama* y sus famosos arreglos para teatro infantil de *Astucia* y *Don Quijote*. Sillones amplios. Un muro cubierto de espejos y en medio de ellos una chimenea. A los lados lámparas sobre estatuas doradas. Como toda la casa, este pabellón está hecho pensando en la charla y el estudio.

Tanto estos dos pabellones accesorios como el casco de la finca fueron concebidos para ello. En el casco existen no menos de cuatro salones, la misma abundancia de butacas y confidentes, espejos y lámparas. Hay unas de Venecia a la entrada, policromas, de gran tamaño, representan diosas, o quizá simplemente doncellas en actitudes semiheroicas. Novo me ha mostrado un candil de Murano de varios colores, "como ya no se hacen", me apunta. Un retrato suyo hecho por Diego Rivera. Otro de su madre, por López Mancera. Escenas mitológicas o literarias. Cuadros con yardas decoradas, tapices, cortinas, porcelanas. Atmósfera de los veinte de cuando salía *Contemporáneos*.

Aquí, en el pabellón del fondo nos hemos sentado a descansar un rato.

—Luego, quiero que conozca a mi madre. Tiene setenta y siete años. Los domingos vienen a verla los parientes. Tíos, primos... Hacemos la tertulia en

**Visita al cronista en el cascarón donde vive. A los 12 años, con tinta color sepia, elaboró su primer libro de poesías. Don Daniel y doña Nica "con boca de muladar". Un niño único y solo, educado en casa cuando los villistas destruían Torreón. "Trabajo, escribo; escribo todos los días". Vive de la Literatura, es cierto. El abandono de las ropas sucias, viejas, gastadas...**

casa. Así es mi rutina dominical; me levanto temprano como todos los días, pero en lugar de ir a La Capilla me quedo un rato más. Pongo en orden los libros, examino algún manuscrito, leo los suplementos dominicales... Luego voy con el chofer de compras, a dar una vuelta y a pasear en carro. Regreso, estoy con la familia, duermo la siesta... Entre semana hay también rutina. Dejo la cama a las siete. Abro la ventana. A esa hora el jardín tiene unos olores espléndidos y todo es muy fresco. Empleo dos horas en las restauraciones imprescindibles. También en leer los diarios y voy a La Capilla. Ahí me espera el viejo Hilario. Trabajo. Escribo. Escribo todos los días. Como. No dispongo lo que hay que comer. Eso lo hace mi tocayo Salvador. Tiene imaginación y varía los menús. Después me tiendo en una mesa rígida que mandé hacer, sin cabecera ni nada. Ahí duermo hasta eso de las cuatro. Vengo a casa, me arreglo si hay que salir. Voy al teatro, a veces al cine, a hacer compras... Esa es mi vida.

—¿Cómo aprendió usted lo que sabe de cocina? Porque en su homenaje, Dalmau Costa ya ve cómo lo elogió.

—Me elogiaron mucho y muy bien. Quiero decir, nadie llegó a las exageraciones de mal gusto. Se habló de lo que he hecho y nada más. Nadie pronunció la palabra "genio"... Pero me preguntaba cómo aprendí a cocinar.

—Una de sus gracias menores...

—Pues fue durante o un poco después de la guerra. Había llegado a México un barón von Marx. Fundó el 1-2-3 y algún otro club. Creo que todavía es dueño del Rívoli, pero no estoy seguro. El caso es que von Marx anunció unos cursos de alta cocina para señores. Me inscribí. Siempre me ha gustado comer bien, y las cocineras no daban el ancho. Rutinarias, o indigestas o definitivamente malas.

ESTRENANDO casa y estudio en el tranquilo barrio de Coyoacán, el cronista no descansa en 1960, pues debe entregar su columna semanal "Sidecar"



—En fin, me inscribí a tres cursos, hasta que el maestro declaró que ya sabía todo lo que podía enseñarme. Y me corrió. Todavía me recuerda como a un discípulo distinguido.

—Me decía que le había gustado el banquete de sus sesenta años...

—Pues sí. ¿Se fijó cuánta gente había?

—Estaba todo México.

—Fueron muy amables. Me conmoví.

No sólo había literatos, sino también políticos, banqueros, actores, gente que yo nunca creí que podría ver algún día. Gente que hasta parecía que estaba muerta. Varias generaciones. Es cierto.

Nos hemos levantado y hemos salido al jardín rumbo a la casa grande. Los perros ladran cuando nos ven.

—Es usted muy trabajador, maestro. Y además muy metódico. No deja día por lo visto sin sentarse a escribir...

—Es mi profesión.

Veo las bancas del jardín. Vacías.

—¿Tiene muchos amigos?

—Muchísimos.

—¿Y enemigos?

—Bueno, no sé. Hay antipatías muy naturales y legítimas. Eso de tener enemigos, de verdadero odio, pues no sé.

—Pero, usted, en esos versos agresivos de que me

hablaba hace rato, ha sido terrible. ¿Por qué no me cuenta de sus amigos y de sus enemigos?

—Alguna vez.

Pero yo sé que, aparte de las rivalidades y las rencillas, Novo es apto para la amistad. Para sentir y provocar simpatía. ¿No lo probó el banquete famoso? ¿No es uno de sus libros más recientes una colección de textos sobre la amistad?

Está ya la señora, su mamá, rodeada de los parientes. Muy amable. Y de pronto dejo a Novo con sus allegados. Cuando sale a despedirme me atrevo a preguntar:

—¿Cuándo hizo esta casa?

—En 1943. Me costó 45 mil pesos.

—¡Qué barbaridad! ¡Cuarenta y cinco mil pesos más de tres mil metros, en Francisco Sosa! Claro, hace más de veinte años.

—Pero el otro día vinieron a hacer un nuevo avalúo. Tendré que pagar una barbaridad de contribuciones. Sin contar lo que cuesta mantenerla.

—Ha de gastar mucho.

—Mucho. La servidumbre, el jardín, todo eso.

—Pero usted vive, y vive muy bien, de la literatura.

—Es cierto.

—Hasta pronto.

Ahora no es la casa de Novo en Coyoacán, sino la Capilla. Esa mezcla de teatro y de hostería en donde el maese Novo escribe sus diarias cuartillas, recibe

a los amigos y, de vez en vez, dirige obras como *Trece a la mesa*. El público va a verlas con la misma disposición de ánimo con que concurre a probar sus manjares: seguro de encontrar algo muy bueno, sujeto a todos los cánones del arte.

Está Novo disponiendo no sé qué arreglos en el edificio. El viejo Hilario me recibe en la reja y me introduce.

—Quiero que me hable ahora de su vida literaria. Ya lo vi en su "cascarón" y me enteré de cómo vive y de lo que hace cotidianamente.

—¿Qué quiere usted que le diga de mi literatura?

—En el banquete por sus sesenta años de escritor, Monsiváis afirmó que usted es el padre de un nuevo matiz de nuestras letras. Que había introducido en ellas la ironía y se había olvidado del almibar, el patetismo y la solemnidad. ¿Será cierto todo esto?

—Creo que al acometer la literatura, apetece sencillamente la limpieza. El aseo implica el abandono de las ropas sucias, viejas, gastadas y anacrónicas: el jacquet oratorio, el bombín, el bastón, el lenguaje porfiriano cargado de las peores importaciones francesas del siglo XIX. Esta ropa, es decir este lenguaje, condicionaba entonces la actitud ante la vida. Era una actitud solemne y por ello grotesca. Grotesca para un pueblo cuya finura, desnudez e innata elegancia florecen en la sonrisa.



—Y la sonrisa, claro, no tiene nada que ver con la solemnidad...

—Pero espere un momento, Beatriz. No vaya a ser que se entienda que yo desdeño nuestro siglo XIX. No tengo nada contra el tiempo en que vivieron y escribieron el Pensador Mexicano, Luis G. Inclán y José Tomás de Cuéllar. Su vinculación con el pueblo les infundió algo así como un sentido involuntario del *humour*. Usaron un lenguaje vivo y nuestro, antiacadémico, que los hace preferibles a los *apretados* de su época.

### GRANDILOCUENCIA TEMPRANA

—¿No se deberá en parte la ironía de usted a sus lecturas de poetas y prosistas anglosajones?

—Los leí muy temprano. Seguramente algo tuvieron que ver. Ellos también se habían levantado contra la grandilocuencia que también padecieron sus países en el "siglo de las luces". Mencken, Huxley y Shaw resultaban ejemplos magníficos...

—Pero en fin, usted se siente descendiente del Pensador, de Inclán y Cuéllar.

—Sí. Ellos son los antepasados que yo elijo.

—¿Qué suerte poder elegir los parientes, aunque sea en literatura.

—Los escojo, sí, señora. Y una vez bañado, limpio con las aguas de aquellos abuelos míos, hasta puedo

transigir con don Guillermo Prieto. Por algunos trozos de las *Memorias de mis tiempos* lo nombro mi tío.

—¿Y esta búsqueda de una genealogía, no lo conduce, maestro, al hallazgo de su propia imagen, quiero decir al del escritor Salvador Novo, vinculado a su tierra y a su historia?

—Sí. Al pensar en estas cosas, en este juego de identificar y designar a mis abuelos literarios, me ha hecho usted cavilar en eso de la raíz auténtica de México. ¿Qué es lo que aprecio de aquellos novelistas y poetas? ¿Qué es lo que yo mismo he intentado hacer? Me parece que hay una tarea común, realizada en unos casos mejor, en otros no tan bien: la búsqueda de la raíz auténtica de México. Yo he andado siempre en esa pesquisa. A la caza de lo que es nuestra patria y de lo que esa revelación pueda entregarme. De ahí vendría la mejor nutrición espiritual.

—¿Y la ha encontrado usted?

—Por fin, me parece que sí. ¡Bien tarde por desgracia! Ha sido al toparme con el náhuatl. Con el mundo del náhuatl. Acaricio la ilusión —analítica— de que mi poesía provenga de mi raíz indígena mientras que en mi prosa florezca un castellano poderoso y ya aclimatado. Aclimatado a un México que ni se mantenga estático dentro de sí mismo, ni se sienta subyugado, ni afrancesado, ni pocho. Un México limpio, libre en todos los sentidos, capaz de pronunciar su palabra, entonar su canto y esbozar su sonrisa.

Me le quedo viendo a Novo un poco conmovida. No sé, pero me conmueve este hombre hablando del náhuatl, idioma a cuyo aprendizaje se dedica desde hace unos pocos años. Famoso, lleno de trabajo, agasajado siempre aquí y allá, ha ido con León Portilla y con el Padre Garibay y se ha empeñado con ellos en el estudio del idioma ilustre. Creo yo que es un ejemplo magnífico. Una lección de juventud.

—Hay que cambiar de tema, quisiera que me dijese cómo ha visto usted evolucionar a la sociedad mexicana.

—Fui testigo infantil del agónico porfirismo, de la rigidez de sus jerarquías. En el norte, me asaltó el violento contraste villista. Reintegrado a México, adolescente, en años decisivos (1917: la Constitución), viví una década turbiamente mezclada: generales omnímodos, ricos nuevos, y el contrapunto de un Vasconcelos iluminado. El indio volvía a servir a la demagogia; pero apuntaba la posibilidad de un nuevo mestizaje ya no racial, sino de clase. La Revolución atendió a la salud al mismo tiempo que a la educación y que a la economía. Libre de prejuicios y barreras, la gente se multiplicó. Y nuevas, frescas, vigorosas, audaces generaciones empezaron a empujar, a desbancar al militarismo.

—¿Y del mundo intelectual?

—También iba ampliándose, despojándose de "tabúes" y prejuicios, y de ídolos. La pequeña Universidad de 1921 y los selectos, engreídos intelectuales de los "veinte", se diluirían con los años hasta las gigantescas proporciones de la UNAM actual —y hasta los muchos, dispersos, inteligentes escritores que producen en la provincia y aquí mismo en México sin ser conocidos ni muchos menos célebres. Algunos de ellos son sin duda mejores de lo que en aquel tiempo éramos nosotros, los que lucíamos por escasos. Lo que pasa es que ahora es más difícil descollar. Por dos razones: por la competencia y porque los viejos nos resistimos a abdicar. No lo digo por mí. Yo no cuento con "clique".

—¿Es más nuestra, más nacional la literatura que se escribe ahora?

—Evidentemente es ahora más nacional la vida literaria de México que en los veinte o treinta. El famoso complejo de inferioridad que Ramos nos señalara se ha desatado, no hacia un orgullo patriótico de falso nacionalismo, sino hacia el examen

sereno y la admisión digna de nuestra realidad. Es lo que observamos en Carlos Fuentes, en Rulfo, en Rosario Castellanos, en Carballido.

—¿Considera usted que es bueno el nacionalismo en literatura, en pintura y en general en el arte?

—El nacionalismo deliberado no. Es maquillaje, y se nota, y no engaña a nadie más que al que adopta el disfraz. El nacionalismo no debe excluir el conocimiento y aun el respeto de las manifestaciones extranjeras. Es decir, no debe ser combativo. Debe surgir de un espontáneo contentamiento con lo que no tiene en casa, sin necesidad de establecer...

—Limitaciones a la importación.

—Eso. De esta suerte, el nacionalismo es deseable, porque constituye la única garantía de autenticidad y por lo tanto la única posibilidad de perduración.

—Así, con un nacionalismo razonable, sin rencillas ni altanero, ¿considera usted que no hay peligro de que se malogre nuestro movimiento cultural?

—¿Cómo podría malograrse? Esa actitud es el medio idóneo para alcanzar nuestra realización.

—Hábleme usted, maestro, de su grupo, o de sus compañeros, o de sus contemporáneos, que son los Contemporáneos por antonomasia.

—Los Contemporáneos desempeñaron heroico papel en el aseo espiritual, idiomático, cultural del México turbio de los veinte. Fueron relativamente endiosados, pero como los mancebos aztecas: para desollarlos. El sacrificio fue útil, porque, como en el caso de Xipe Totec, después de ellos la tierra lució una nueva piel, una verde, florida, extensa nueva piel de poetas y escritores.

—¿Y de los poetas proletarios de los treinta, qué opina usted?

—Fueron el estiércol, tan necesario para abonar la tierra.

—¿Y cómo se han portado los que vienen después?

—Ya nacieron en cuna limpia. De parto feliz. Bien alimentados. Es natural que posean voces claras y ojos agudos. Y para ellos, eso del nacionalismo no es ya problema de asimilación, ni de maquillaje: es su respiración natural, el fluir de su sangre. Ni su oculta humillación ni su exhibida credencial, sino su derecho en pleno ejercicio.

—Me parece muy bien esto que usted dice. Porque en realidad, al leer a escritores anteriores, se tiene la impresión de que esgrimían lo mexicano como un arma. Se anticipaban a defenderse de ofensas que no siempre se producían. O bien, se tomaban trabajos inauditos para que nadie pudiera identificarlos como mexicanos. Lo primero es, creo yo, el caso de la credencial; y lo segundo, el de la oculta humillación.

Novo ha sido muy gentil, casi heroico, al recibir a pie firme esta andanada de preguntas. Ha contestado con largueza y en veces con entusiasmo.

—Una última pregunta, maestro.

—Sea.

—Cumplidos sus sesenta años (y sus cincuenta de escritor), ¿cómo juzga su propia obra?

—La juzgo como parte de mi vida. Una es la otra. Es decir, mi obra es en cierta forma mi vida y mi vida es mi obra. Mi obra expresa lo que ha sido mi vida, con todas sus imperfecciones. Expresa lo que he querido hacer y lo que he querido ser. Con ella he tratado de reintegrar al mundo, a los demás, lo que el mundo y los demás me entregaron como materia prima y vital para que yo, con mi destreza, lo elaborase.

—Mi obra tiene pues mis defectos: la prisa, la intransigencia. Y tiene asimismo mis virtudes: la curiosidad insaciable, la tenacidad y mi obsesión por el orden, el método, la higiene...

—A veces —interrumpo— es usted temible burlón...

—No es que me burle de lo que haya solido escarnecer. Es que le pongo un espejo enfrente...

—un momento de meditación y concluye—. Y con mucha frecuencia me miro en él.

Poeta, escritor, director teatral y periodista. Nació en 1904 y murió en 1974 en México D.F. Fue uno de los más destacados exponentes del grupo Los Contemporáneos. Se inició en las letras a los diez años de edad y luego de más de seis décadas de trabajo legó al país una abundante obra. Es autor de: *XX poemas*; *Nuevo amor*; *Espejo*; *Seamen Rhymes*; *Romance de Angelillo y Adela*; *Poemas proletarios*; *Never ever*; *Un poema*; *Poesías escogidas*; *Dueño mío*. Cuatro sonetos inéditos; *Decimas*; "Nuestra tierra"; *Fonido laude*; *Dieciocho sonetos*; *El joven*; *Return ticket*; *La educación literaria de los adolescentes*; *Canto a Teresa*; *Continente vacío*; *En defensa de lo usado y otros ensayos*; *Nueva grandeza mexicana*; *La vida en México en el periodo de Lázaro Cárdenas*; *La vida en México en el periodo de Manuel Avila Camacho*; *La señorita Remington*; *Yocasta o casi*; *Ha vuelto Ulises*; *Cuauhtémoc*; *La guerra de las sordas* y *El sofá*. Ejerció el periodismo electrónico, grabó un disco de la serie *Voz viva de México* con sus poemas y recibió el Premio Nacional de Literatura 1967.